

## de Víctor Infantes

Julían Martín Abad



dos, lo que menos le apetece a ese uno es ponerse a dobligar el estilo, ahorrar las referencias y dominar los datos para destilar esas páginas primordiales a unos desconocidos lectores que quizá no sepan distinguir el grano de la paja. Aviso de antemano que en esta ocasión hay cosecha de mucho grano (y de poquísima paja). Martín Abad ha intentado ofrecer un libro sobre el libro antiguo que sirva de acicate a cualquier interesado, de cualquier formación y con intereses muy diversos; tienen que leerlo los libreros de viejo (y muchos de nuevo), los bibliotecarios de fondo, los archiveros (con o sin fondo), los alumnos de varias áreas de conocimiento, varios cacúmenes (de tres al cuarto) a ver si se enteran de una vez que los libros antiguos no son calabazas de estadística, los amantes de los infolios pretéritos y más de un interesado en formarse culturalmente un poco mejor. Muchos lectores debe tener a la fuerza este ensayo lúcido y sugerente.

La obra se distribuye en seis grandes apartados, con sus particulares enunciaciones internas, que abarcan de una forma organizada y sucesiva todo lo que concierne al libro impreso antiguo, pues el plural utilizado por el autor en el título no deja de ser un intento de abarcar toda esa comunidad de materia impresa a lo largo de varios siglos, aunque el objeto de estudio sea siempre ese "producto" singular (pero colectivo) al que dedica nominalmente su distinción en cada capítulo, a partir de un primero introductorio, dedicado a la complicada tarea de delimitar y definir las "Cuestiones terminológicas" (pp. 15-23).

Siguen, por este orden consecutivo, el análisis de El producto tipográfico (pp. 25-59), con dos partes dedicadas a El proceso de fabricación y a La identificación del

producto tipográfico; El producto editorial (pp. 61-85), con La declaración de su identidad en el libro impreso antiguo y la distinción, hoy ya absolutamente necesaria en el estudio de la producción editorial, de la "Tipología de las "emisiones" ". Para continuar con El producto textual (pp. 87-108), que abarca El texto en la página, Tablas e índices, Las listas de erratas y La identificación del autor y de la obra; seguir con la consideración del impreso como El producto histórico (pp. 109-127), que se subdivide en Los signos de posesión, de procedencia y de dedicación, La encuadernación, el Ejemplar (im)perfecto, Testimonios de lectura y de censura y Pieza de colección; y terminar con El producto bibliográfico (pp. 129-149), que engloba la triple consideración de Lo que esperaríamos encontrar en los catálogos y repertorios, Lo que encontraremos en los catálogos y repertorios y Los problemas de la identificación bibliográfica. Cierra el ensayo, como no podía ser menos, un Vademécum bibliográfico (pp. 151-158), organizado temáticamente y críticamente comentado.

Todo este panorama, donde predomina la síntesis, el orden y la claridad, pero siempre también el juicio crítico, irónico y jocoso (si hace al caso), viene trufado de numerosos ejemplos, comentarios, notas y anécdotas sacados de primera mano, y de cita segura y (casi) siempre necesaria, de esa particular e insondable historia del libro que Julián Martín Abad lleva en su propio saber. Todo ello tiene dos razones de ser harto imprescindibles. Una de ellas es documentar los juicios y asertos con referencias indubitables, que no provienen de los manidos ejemplos trasegados hasta la extenuación de manual en manual, y que son los sirven para elaborar las diferentes tipologías del asunto; la otra, más humilde pero igual de necesaria, es la conducir la redacción de un tema tan (aparentemente) áspero, por los derroteros de la pausa ilustrativa y del testimonio evidente. Quiero destacar, a la postre, un aspecto muy significativo, fuera de la materia en sí de la obra. El autor, tan acostumbrado a la ficha, el ítem y la entrada, (creo que) ha sido muy consciente del tipo de redacción que necesitaba este ensayo y ha procurado ceñir la pluma (la metonimia es hoy día arcaica, bueno, el teclado) a la claridad y a la didáctica de la exposición, sin olvidar nunca ese punto crítico, y en el fondo académicamente ácrata, que recorre todos sus trabajos escritos. Y que es de agradecer.

Nos dejó dicho el bueno de don Francisco de Quevedo, a quien hice (re)aparecer en mi última Aurea, que "Dios te guarde de mal libro, de alguaciles y de mujer rubia, pedigüeña y carirredonda"; de los dos últimos avatares a veces es posible protegerse a tiempo y manera, pero del primero rara vez nos salvamos antes de la lectura, y eso quienes tienen la costumbre de leerse los libros. De éste que he hablado ahora, en nada tenemos que protegernos, pues su lectura lleva aparejada, por demás, un buen número de indulgencias bibliográficas.